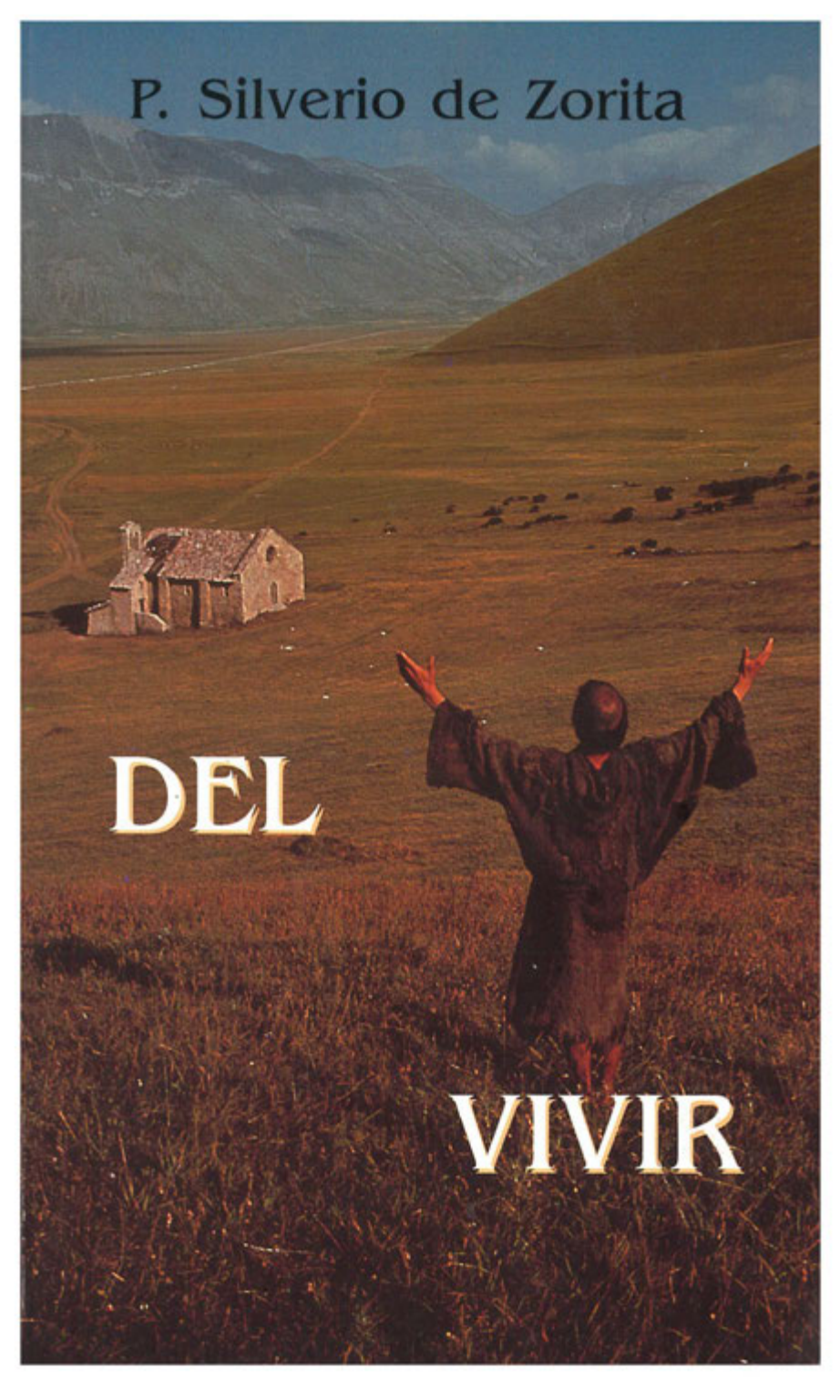


P. Silverio de Zorita

A person wearing a dark, heavy robe stands in a vast, open landscape with their arms raised in a gesture of praise or prayer. The landscape is a mix of brown and green fields, with a small, old stone church in the middle ground. In the background, there are rolling hills and mountains under a clear blue sky.

DEL

VIVIR

Del Vivir

P. Silverio de Zorita

Del Vivir

MADRID, 1994

Depósito Legal: M. 34.740-1994
ISBN: 84-85223-11-X
Imprenta FARESO, S. A.
Paseo de la Dirección, 5
28039 MADRID

PROLOGO

SE ha dicho que todo escritor deja en su obra literaria algo de su vida. Sin detenerme a examinar la exactitud o inexactitud de esta afirmación, lo cierto es que, al hacer «una limpieza general» de mis papeles, encontré entre ellos un importante número de composiciones poéticas escritas a lo largo de muchos años. Mi primera intención fue arrojarlas al fuego, convencido de que los libros de versos, editorialmente, no son muy solicitados, pero, al decidir su destrucción, confieso sinceramente, me entró una extraña tristeza: en aquellos papeles latía algo de mi vida, un trabajo hecho con mucho cariño y con no poca ilusión.

Desechado mi primer pensamiento, opté por hacer una «selección» y, sin prisa y sin pausa, puse manos a la obra. Las que, a mi parecer, estaban más logradas son las que forman este volumen, las otras... ¡desaparecieron para siempre entre las llamas!

Hecha la «selección», surgió el problema del orden que debía ocupar cada una. Pensé en el «cronológico». Era el más fácil ya que cada composición tiene la fecha del año en que fue escrita, pero esto me pareció un tanto vulgar y, al fin, me decidí por el orden «ideológico» o «temático».

Según este orden, aparecen, en primer lugar, las «espirituales». Son las que ocupan mayor espacio. Las siguen algunos

«villancicos» y otros temas referentes al Señor; a continuación las que hablan de seres de la naturaleza, como árboles, pájaros, flores, etc. Siguen otras sobre temas evangélicos, misionales y franciscanos; tres dedicadas a la memoria de mi buen amigo el Dr. D. José Zapatero y, como colofón, las que tratan de la Santísima Virgen.

El número de composiciones de cada grupo es muy desigual. Esto no quiere decir nada, ni en cuanto a su valor literario, ni en cuanto al cariño que he puesto en ellas al escribirlas; para mí todas son igualmente queridas, como lo son para un padre todos sus hijos, aunque sienta por alguno especial predilección.

En cuanto a la «forma» de expresión, he seguido la tradicional. No se olvide la época en que fueron escritas, ni la formación literaria que, por fuerza, recibí. Además, sigo creyendo que la «métrica», utilizada por los más grandes poetas de la Literatura universal, no ha perdido su «valor». De Virgilio, dicen los historiadores, «que estaba dotado de amplia fantasía creadora y de un maravilloso sentido de la armonía verbal».

Finalmente, quiero dejar bien claro que estos mis versos no aspiran a nada o, a lo sumo, a ocupar, junto a mis libros publicados, un sitio en el archivo de mi amada provincia de Castilla.

Al actual Superior Provincial, P. FIDENCIO GONZALEZ IGLESIAS, dedico y confío esta «selección».

Fr. SILVERIO DE ZORITA
Madrid, 21 de enero de 1994

HORAS MISTICAS

¡A Y, triste!, busco en vano,
al alma pecadora que me olvida
¡quisiera con mi mano
curarla de su herida,
y tenerla a mi lado arrepentida!

Llaméla presuroso.
La noche me encontró cabe su puerta:
—«Abreme, soy tu Esposo,
alma ingrata, despierta,
no quieras por más tiempo seguir muerta».

No atiende, no me escucha.
Un fuego de placeres la devora,
no resiste a la lucha,
y en tan difícil hora,
mientras yo desfallezco, ella no llora.

Llorad, hermosas flores,
llorad la triste suerte del Amado,
unid vuestros clamores
a los que, acongojado,
desdén y más desdén ha soportado.

¡Oh, fuentes cristalinas!,
¡oh, prados tapizados de verdura!,
¡oh, bosques y colinas,
llorad mi desventura,
calmad con vuestro llanto mi amargura!

Decid, campos amenos,
¿qué pude que no hice por mi amada?
En los días serenos,
al nacer la alborada,
estaba ya en mis brazos recostada.

Hoy, ingrata, me deja,
y va tras un amor que la tortura,
ya no atiende a mi queja...
Se escondió en la espesura,
dejándome sumido en amargura.

1928

LA VOZ DE LA TENTACION

BELLISIMA zagala,
de cuyos rizos
el sol toma hermosura
y vierte hechizos.

Sigue, sigue gozando
de los placeres,
y aleja de tu mente
los padeceres.

En tus ojos azules
el mar se mira
y la pálida luna
por ti suspira.

De tus labios de fresa
nacen estrellas,
más que las de los cielos
claras y bellas.

Sigue, sigue gozando,
bella zagala,
sigue de tu hermosura
haciendo gala.

De tu rostro las flores
copian belleza,
de tus manos de nácar
delicadeza.

Lindísima zagala,
eres tan bella...
¡Cada uno de tus ojos
es una estrella!

1928

CEGUERA DEL ALMA

EL alma ciega seguía,
la noche oscura reinaba,
¡cómo el esposo sufría
mientras en inmunda orgía
el alma se deleitaba...!

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
el Esposo no volvía...
Ella gozaba y reía...
Pero, al fin, reflexionó:

—«¡Cuántas lágrimas mi Esposo
por mi amor ha derramado!
¡Cómo su rostro gracioso,
entre mil el más hermoso,
estará desfigurado!

¡Aquellos dorados rizos
con hebras de oro formados,
cómo estarán maltratados,
cómo estarán arrancados
los lazos de sus hechizos!»

Mas, ¡qué digo!, desgraciada,
¿por qué pienso en estas cosas?
¿Acaso no soy amada?
¿No soy la más deseada
entre todas las hermosas?

Gocemos, alma, gocemos,
apuremos los placeres,
¡tiempo vendrá en que lloremos...!,
¡entonces comprenderemos
lo que ahora entender no quieres!

1928

¿RECUERDAS AQUEL DIA...?

¿RECUERDAS aquel día,
sombrió y tenebroso,
en que llegué rendido
de tanto caminar?
¿Te acuerdas de la noche,
sin luz y sin reposo,
en que quedé dormido
cansado de esperar?

Las lágrimas ardientes
surcaban mis mejillas,
el frío congelaba
mis pies, y hasta el dolor
de verme despreciado,
por cosas tan sencillas,
mis penas aumentaba
y agrandaba mi amor...

La sierpe seductora
te engañó astutamente,
el fuego de sus ojos
encendió tu pasión,
y envuelta en la neblina
de un estado demente,
con tu propia deshonra
le diste el corazón.

—«¡Adiós, alma! —te dije—,
mientras me fui alejando.
¡Adiós!, más no te olvides
que fui yo quien llamé,
y que, junto a tu puerta,
estuvo palpitando
un Corazón Divino
que nunca te olvidó.»

1928

PALABRAS DEL ESPOSO

¡O H, alma desdichada!,
¿por qué sin decir nada te marchaste?,
¿por qué tan alejada
de lo que tanto amaste?
¿Por qué de esta manera me olvidaste?

Mil veces te he llamado.
Llorando te he buscado noche y día,
hasta el pan que he tomado,
al par que lo comía,
a hieles me sabía, vida mía.

¿No te ablanda mi llanto?
¿No escuchas de mi pecho los gemidos?
¿Cómo han llegado a tanto
tus deseos nacidos
de goces y placeres prohibidos?

Ven, esposa del alma,
escucha, por favor, mi amargo acento,
ten un poco de calma,
atiéndeme un momento,
no sabes el dolor que por ti siento.

Te he visto, emborrachada,
sucumbir ante el vicio, enloquecida.
¡Ay!, alma desdichada,
¿no sabes que tu vida
debe estar a la mía siempre unida?

¿Por qué eres tan ingrata?
¿Por qué en mi Corazón no hallas dulzura?
¿Por qué tan insensata
vas tras la criatura
dejándome sumido en amargura?

Escucha mis gemidos,
atiende, por favor, al que te llama,
inclina tus oídos
a quien tanto te ama
y a gritos por esposa te proclama.

1928

RESPUESTA DEL ALMA

¿QUIEN así me ha llamado
que el corazón me ha herido?
¿Qué dardo me ha transido
que aún siento su dolor?
Mi pecho ha traspasado
con tan sabrosa herida
que quiero, arrepentida,
retornar a su amor.

Señor, ¿qué es lo que quieres?
Desde tu aprisco huida
hoy llego a tu manida
cansada de vagar.
Amado de mi alma,
abrásame, te ruego,
en el divino fuego
que he intentado apagar.

Ingrata a tu ternura
huíme de tu lado,
mi cuerpo he mancillado
con sórdido gozar...
Perdona, Amado mío,
olvida mis locuras
que tantas amarguras
te han hecho saborear.

Incauta, fascinada
por luces mundanales,
corrí tras los letales
placeres del querer,
bebí aguas impuras
de inmundos lodazales,
y en tus puros cristales
preferí no beber.

¡Ay!, triste, ¡cuántos años
viví de Ti alejada,
y cuántos olvidada
de tu sincero amor!
Mi corazón voluble
moríase de frío
mientras tu amor y el mío
buscaban el calor.

1928

EN BUSCA DEL AMADO

¿A dónde fue mi Amado?
¿A dónde fue mi Dueño?
¡Cómo se ha oscurecido
el único lucero
que en esta «noche oscura»
me alumbraba el sendero!

Escalaré los montes,
recorreré los cerros,
¡que sin verle, ni oírle,
no puedo estar más tiempo!

Fontana cristalina,
¿no has visto en tus espejos
el agraciado rostro
de mi adorado Dueño?
Herida estoy de ausencias,
de amores desfallezco.
¿No viste a mi Amado?
Si lo viste, te ruego,
díle que estoy herida
del dardo de los celos.

Amor de mis amores,
atiende ya mis ruegos.

¡Ay! ¡Cuánto de fatiga,
cuánto de dolor tengo!
Ven, Amor de mi vida,
ven, sueño de mis sueños,
ven, que deseo verte
desde cerca o de lejos.

Mira que estoy cansada
de atravesar desiertos,
de recorrer llanuras,
y de escalar oteros,
y he bajado a la estepa
con un presentimiento:
¡Encontrar de mi Amado
algún vestigio, al menos!

¡Oh! Dueño de mi vida,
¡Oh! ilusión de mis sueños.
Muéstrame ya tu rostro
porque de amores muero.

1930

¿A DONDE TE HAS HUIDO?

¿A dónde te has huido,
Amor, que así tan sola me has dejado?
Como el ciervo herido,
tus aguas he buscado
vagando por el monte y el collado.

Estoy ciega, no veo,
he corrido, cual débil criatura.
No hallé lo que deseo,
sola en mi «noche oscura»,
sumida en mi dolor y mi amargura.

Muéstrame, Amado, el río
donde pueda tranquila refrescarme,
no sabes cuánto ansío
de mis manchas limpiarme
y de místico néctar embriagarme.

¡Ay! Esposo del alma,
escucha, por favor, mi amargo acento,
ten un poco de calma,
espérame un momento,
pues quiero te decir la sed que siento.

¡Cuán ciega he caminado
vagando por el monte y el otero!
¡Cuántas vueltas he dado!
Recorrí el mundo entero,
sin poder orientarme en mi sendero...

¡Oh! Dueño de mi vida,
en Ti busco solaz, paz y ternura,
ya estoy a Ti unida
con tal dulce atadura
que no podré gozar de otra dulzura.

Sólo tu amor deseo,
sólo tu amor te pido, Dueño amado,
¡Ay! ¡Qué lejano veo
el momento ansiado
de dejar este mundo e ir a tu lado!

1930

SIGUIENDO TUS PISADAS

ANSIOSA, desgredada,
seguía tras las huellas del Amado
el alma enamorada,
el rostro demudado,
y el pecho por la angustia desgarrado.

El Amado corría,
el alma le seguía con empeño,
apenas ya le veía,
cuando un letal beleño
la impedía acercarse hasta su dueño.

Un alto en el camino
quisiera hacer, más cosa era soñada;
El Esposo Divino,
viéndola así en celada,
seguía, sin parar, a su morada.

Al fin, desfallecida,
de amor y de dolor transido el pecho,
exclamó dolorida:
—«Amor, di qué te he hecho,
que así me desamparas en mi lecho».

Detúvose el Amado
a ver quién tan ansiosa le seguía
y se quedó admirado.
¡Quién tan cerca tenía
era el Alma a quien El tanto quería!

Sólo con la mirada
el Amado y el Alma se entendieron,
la ruta comenzada
los dos juntos siguieron
y en un estrecho abrazo se fundieron.

1928

MUESTRAME TU ROSTRO

DIVINO Esposo de mis amores,
flor de las flores,
lirio gentil,
haz que yo llegue, luz de mi vida,
a la manida
de tu redil.
Bellas zagalas, ¿no le habéis visto?,
mirad que insisto,
habed compasión.
¡Ay! Cómo ansío verme a su lado
pues me ha robado
el corazón.
¿Dónde te escondes, querido Esposo?,
pues no reposo
sin ver tu faz.
¿Dónde sesteas, mi dulce Dueño?,
vé con qué empeño
busco tu paz.
Por esos montes mucho he vagado.
¡Cuánto he llorado
sin verte a Ti!
No me retrases ver tu hermosura
pues tu ternura
presiento en mí.

¡Oh! Quién me diera, Esposo querido,
verte ya asido
a mi llamador.
Me lanzaría, loca, a tus brazos...
¡Los fuertes lazos
de nuestro amor!

1930

CONTIGO ESTOY

-«¿P OR qué permites,
Amado mío,
que yo camine,
muerta de frío,
teniendo el pecho
de amor herido?
¿Por qué consientes
tal desvarío?»

—«No, alma querida,
yo no te olvido,
¿no te doy fuerza
en el peligro?
Contigo lloro,
contigo río,
y si estás triste
sufro contigo.»

—«Ahora comprendo
cuán ciega he sido,
traté de hallarte
en el bullicio».
Y una voz queda,
como un suspiro.

—«Busca a tu Amado
—así me ha dicho—
en el Sagrario
y en el retiro.»

1930

LLAMAMIENTO DIVINO

ALMA inocente,
pura, sin mancha,
que el mundo cruzas
desorientada...
¿Dónde caminas?
¿Por qué te afanas
buscando dichas
donde no se hallan?...

¿Por qué te excitas?,
¿por qué te cansas?
Vuelve tus ojos
a tu morada,
vuelve a mi pecho,
que en esta llaga,
que rasgó el odio,
mi amor te aguarda.
Por ti yo quise
que aguda lanza
después de muerto
me atravesara.

Alma inocente,
pura, sin mancha,
que ansiosa buscas

solaz y calma,
ven y reposa
sobre esta llaga
que en el Calvario
mi amor labrara...

1935

ABREME, ESPOSA MIA

ABREME, Esposa mía,
que quiero ya te hablar de mis amores.
¡Ay! ¡Cuánto el alma ansía,
después de mil dolores,
gozar de tus caricias y dulzores!

Abreme, Esposa amada,
que sólo descansar es lo que ansío,
pues la noche pasada
de hielos y de frío,
empapó mi cabeza de rocío.

¿No te mueve mi llanto?
¿De mi amor no te abrasan los ardores?
Abreme, mientras tanto
te diré mis amores
aspirando el aroma de mil flores.

Abreme, Esposa mía,
que quiero con mi amor aprisionarte.
¡Cuándo llegará el día
de poder abrazarte
y decir lo que nunca me escuchaste!...

Abreme, Esposa mía,
que la helada ha cubierto mi vestido,
ya está naciendo el día
y el relente caído,
mi rubia cabellera ha humedecido.

1930

VEN A MI LADO

ESPOSA mía, ven que te espero,
ven que deseo
verte a mi lado.

Qué hermosa eres, blanca paloma,
tus negros ojos me ha hechizado.

Qué dicha siento sólo al mirarte
tus bellos ojos
róbanme el alma.

Esposa mía, sin tu presencia
en este mundo no encuentro calma.

Ven del desierto, Esposa mía,
paloma mía,
ven que te espero,
deseo hablarte, quiero contarte,
quiero decirte cuánto te quiero.

Cual flor del campo eres hermosa,
todo tu cuerpo
de plata y oro,
sin ti no puedo vivir tranquilo,
tú eres mi dicha, tú mi tesoro.

Esposa mía, ven a mi lado,
el crudo invierno
ya se pasó,
la primavera miles de flores
en nuestro huerto desparramó.

Ven ya del Líbano, querida esposa,
ven que deseo
te coronar;
ven que me muero de amor de amores,
si no me vienes a consolar.

1930

¡QUE HERMOSA ERES...!

ESPOSA mía, qué hermosa eres!
Tus ojos negros me han hechizado.
¡Oh! ¡Quién me diera, bella Zagala,
estar viviendo siempre a tu lado!

Por vuestras cabras y cervatillos,
dejad que duerma mi dulce amada,
no la despierte ruido importuno,
que con amores sueña arrobada.

¡Oh! ¿Quién es esta que del desierto,
cual columnita de blanca nube,
recostada sobre su amado
pura y gloriosa al cielo sube?

¡Oh! Cuán hermosa eres, mi amada,
tus rizos de oro me han cautivado.
Qué bella eres, casta paloma,
con tus amores me has hechizado.

¡Oh! Quién pudiera, bella Zagala,
tenerte cerca del corazón.
¡Oh! Quién me diera en tus labios rojos
poder besarte con efusión.

Esposa mía, ven a mis brazos,
que de amores siento morir,
quiero estrecharte, quiero besarte,
sólo contigo quiero vivir.

Esposa mía, preso me tienes
con uno de esos dorados rizos.
Qué hermosa eres, blanca paloma,
me has cautivado con tus hechizos.

Esposa mía, eres hermosa
como las rosas de Jericó,
eres esbelta como los cedros
del alto Líbano que Dios plantó.

Bella Zagala, flor de las flores,
sólo a ti amo, sólo a ti quiero,
ven a mis brazos, ven amor mío,
porque de amores por ti me muero.

1930

SEÑOR, ¡Y QUE CALLANDO...!

SEÑOR, ¡y qué callando
el día no esperado te viniste!
Me hallaste dormitando
y en mis ojos pusiste
tu mano cariñosa y me dormiste.

Estabas a la puerta
y yo no me di cuenta de tu entrada
al verla medio abierta,
quedéme anonadada,
prendida en el fulgor de tu mirada.

¡Llegaste tan callando...!
Traspuesta me encontraste dulcemente,
me seguiste mirando
con rostro sonriente...
¡Y entonces me robaste ocultamente!

Señor, ¿y qué robaste?
No fueron los dineros, pues no había.
¡Ay! Señor, te llevaste
lo mejor que tenía.
¡Llevaste el corazón con que quería!

Sentí extraña dulzura,
quedéme en mi interior transfigurada.
¡Era otra criatura!
Estaba despojada
de la prenda por mí más estimada...

Entonces, Dueño mío,
gran sed me acometió, sin avisarme,
no hallé fuente, ni río,
donde poder saciarme
y en linfas cristalinas anegarme.

¡Oh, sed devoradora!
¿Cómo podré calmar tu calentura?
¿Cuándo vendrá la hora
de paz y de dulzura
en que pueda olvidar mi «noche oscura»?

Corazón insensato,
¿por qué de esa manera te callaste?
¿Por qué me fuiste ingrato?
¿Por qué cuando notaste
que te iban a robar no me avisaste?

Pero, Señor, Tú fuiste
el místico Ladrón que me robaste,
y si Tú me lo diste,
y Tú me lo quitaste
quédate ya con él, pues lo creaste.

1927

¡CUANTAS VECES LLORANDO...!

¡C UANTAS veces, llorando,
tu ausencia me encontró la bella aurora!
¡Cuántas veces velando,
cual maga seductora,
me arrebató tu vista encantadora!

¿Cuándo, Dueño querido,
podré gozar tu amor y tu ternura?
¿Por qué así me has herido?
¿Por qué con tu dulzura
no has calmado esta fuerte calentura?

Llévame a aquellos prados
de místico verdor y de bonanza,
guíame a los sagrados
montes de bienandanza
donde pueda gozar de mi esperanza.

Llévame, que deseo
gozar de los perfumes de tus flores.
¡Qué lejanos aún veo
los místicos dulzores
que tienen para el alma tus amores!...

Llévame a esa tu vega
por miles de azucenas perfumada,
y al río en que navega
mi barca ilusionada
por llegar a la orilla deseada.

¡Oh, lugar deleitoso!
¿Cuándo conseguiré de verdad verte?
¿Cuándo, mi amado Esposo,
romperé el nudo fuerte
que me impide llegar a poseerte?

¡Oh sagrado venero!,
¿cómo apagar sin ti mi sed de amores?
Mira que vivo y muero,
mira que estos dulzores
pudieran convertirse en amargores.

¡Oh mansión venturosa!,
do muestras a las almas tu figura,
¿por qué, cual sombra odiosa,
se tornó tan oscura,
dejándome sumida en amargura?

No tardes, dulce Esposo,
ven a mi corazón, mas ven callado,
pues temo que el dichoso
momento deseado,
se pase sin haberlo disfrutado.

Rompe, por fin, los lazos
que al mundo me aprisionan cada día,
mándame ir a tus brazos,
mira que el alma mía
en ellos de tu amor morir ansía.

Llegue el día dichoso,
amanezca ya el sol resplandeciente,
ven, mi adorado Esposo.
¿Por qué tu amor consiente
que aspire por más días este ambiente?

Llévame ya a tu lado,
contigo de tu amor gozar yo quiero,
ábreme, Esposo amado,
muéstrame tu venero
¡que sin él desfallezco y de sed muero!

1927

SEÑOR, DAME TU AGUA...

DAME, Señor, tu agua,
que en fuego abrasador estoy sumido,
quiero apagar la fragua,
de carbón encendido
que devora este cuerpo pervertido.

Señor, derrama luego
el agua de tu amor vivificante,
sobre este horrible fuego
que, con ardor constante,
me sigue consumiendo cada instante.

Imprudente, atrevido,
gozoso en ese fuego me he abrasado,
y al corazón herido
cual ciervo fatigado,
jamás darle reposo he procurado...

Señor ¡y cuántas veces
de este fuego voraz he apurado
hasta las mismas heces!
¡Cuántas en este estado
no advertí que Tú estabas a mi lado!

Señor, allí Tú estabas
calmando con tu amor mi calentura,
y tu luz derramabas
con inmensa ternura
iluminando así mi «noche oscura».

Dame de tu agua viva,
acabe de una vez mi sed ardiente,
no me seas esquiva,
¡oh, cristalina fuente!
y guía hasta mi alma tu corriente.

Dame ya, Dueño mío,
el agua de esa fuente bienhechora,
mira que sólo ansío
apagar una hora
este fuego cruel que me devora.

¡Oh, Vida de mi vida!,
en esa tu fontana lavar quiero
esta profunda herida...
Acércame al venero,
que de sed y de amor, Señor, me muero.

1927

VEN, ALMA HERIDA

VEN, alma herida, a mis brazos,
con ellos te estrecharé,
verás qué dulces los lazos,
qué místicos los abrazos
que yo te prodigaré.

Por tu amor tantos dolores
yo soporté en mi Pasión,
por ti sufrí sinsabores,
por ti agoté los ardores
de mi amante Corazón.

¡Ay!, ¡qué dulce me sabía
el desprecio y los baldones!
Pues por tu amor los sufría
y, en mi mortal agonía,
fueron preciados blasones.

¿Existe amor más intenso?
¿Lo puede haber más sagrado?
Ven y verás agotado
este mi poder inmenso
donde estoy «Sacramentado».

Ven, cándida palomita,
a este refugio sagrado,
en él verás encerrado
lo más grande que ha soñado
mi caridad infinita.

Y pues te sientes herida
con el dardo de mi amor,
jamás quieras en tu vida
abandonar la manida
de tu amante Cazador.

1929

VEN A MIS BRAZOS

DESCANSA, Amado mío,
que yo te velo.
¿Qué quieres que te diga,
bello lucero?
Duérmete, Amado mío,
que yo no duermo.

Te busqué entre los montes
por mil senderos,
y en las noches calladas
salí a tu encuentro.
¡Ay!, Dueño de mi vida,
¡y cuánto tiempo
vagué desorientada
de Ti muy lejos
sin advertir siquiera
que estabas dentro!

Ahora, Dueño mío,
que ya te tengo,
pon tus manos de seda
sobre mi pecho.
¡Que el amor, como el niño,
tiene su sueño!

1930

DIVINO CAZADOR

¡OH, lazos que aprisionáis
a este pobre corazón!
¿Qué más, decid, deseáis?
Todo lo que me pidáis
os daré con efusión.

Dulce encanto de mi vida,
centro de todo mi amor,
¿qué quieres, di, que te pida,
confusa y arrepentida,
sino penas y dolor?

¡Oh, Cazador que asestaste
en mi pobre corazón
flecha ardiente y me dejaste
herida, y me abandonaste
sin tenerme compasión!

Mas, ¡qué dulce es esta herida,
mi Divino Cazador,
ya no ansío en esta vida
dulzura que no esté unida
con el dardo de tu amor!

¡Oh, Amor!, que así me has herido,
dame sufrir y llorar,
pues ya no quiero gozar
de este mundo fementido
sino dolor y pesar.

Tus amores son mi vida,
¡Oh, Divino Cazador!
¿Qué quieres, pues, que te pida
si tengo ya el alma herida
con el dardo de tu amor?

¡Oh! Jesús, mi dulce esposo,
tuyo desde hoy es mi ser,
no ansío don más precioso
que con tu dardo amoroso,
herida permanecer.

1935

BODAS MISTICAS

¡Y A llegó, esposa mía,
el día por los dos tan deseado!
¿No oyes la armonía
que el cielo ha preparado
y el místico cortejo que ha formado?

La aurora refulgente
de ricos atavíos adornada,
se acerca suavemente
y, en púrpura enmarcada,
resalta su belleza inmaculada.

El sol, entre celaje,
derrama por el cielo rayos de oro,
y, oculto entre el follaje,
el ruiñeñor canoro
desgrana alegre un cántico sonoro.

¿No escuchas los gorjeos
de nuestra hermana la alondra mañanera?
¿No ves esos trofeos
con que la primavera
adorna nuestro paso la primera?

Elévate ya al cielo,
allí te tengo el trono preparado,
despójate del velo,
seré tu desposado,
y tú serás mi Amada y yo tu Amado.

Por ti el cielo suspira,
por ti mi corazón de amor se inflama,
la creación te admira,
y una brillante llama
envuelve al cielo empireo que te aclama.

Acepta aqueste anillo,
esposa de mi alma idolatrada,
con su celeste brillo
a mí estarás ligada
gozando para siempre en mi morada.

1928

EUCARISTICA

DE noche, cuando no hay nadie
en el solitario templo,
cuando el día ya se va
y la noche va viniendo,
Jesús queda en el sagrario
solo, en profundo silencio.

¡Quién fuera lámpara entonces
para estarme consumiendo!
¡Quién fuera rosa o azucena
para deshojarme luego,
y caer sobre tu altar,
rotos los hermosos pétalos!

¡Oh, Jesús Eucaristía!
¡Oh, Divino Prisionero!
¡Quién me diera esos cerrojos
para estar con ellos preso!
¡Quién me diera abrir la puerta
de tu Sagrario, muy quedo,
y ver brillar en tus ojos
toda la gloria del cielo!

Quisiera verte, Dios mío,
no con los ojos del cuerpo,

que son de barro y no ven,
¡porque el barro es siempre ciego!
Quisiera ser una lámpara
para estarme consumiendo,
quisiera ser una flor
para estarme deshaciendo...

Pero, Señor, lo he pensado;
ni flor, ni lámpara quiero.
Quiero ser ángel, Señor,
ángel con alma y con cuerpo;
con el alma, para amaros,
con el cuerpo para veros.

1960

EL SAGRARIO

SIEMPRE que quiero gozar
de tu adorable presencia,
Señor, me acerco al Sagrario
donde mi alma te encuentra.

¡Qué bien se está de rodillas
ante esa bendita puerta
que oculta tantos amores
y encierra tantas finezas!

Si Eucaristía es amor
y fuego que el alma quema,
yo quiero ser abrasado
en esa divina hoguera.

Sagrario de nuestros templos
donde Jesús nos espera,
donde está guardado el PAN
que a los mortales da fuerza.

Sagrario de nuestros templos,
cielo bajado a la tierra,
¡qué pocos vienen a verte!
¡Qué solitario te dejan!

EL ANGEL DE LA EUCARISTIA

LA oscura noche
cubre la tierra.

Nada se oye
en la pobre iglesia.
Sólo el silencio
el templo llena.

De pronto un ángel,
de alas de seda,
hasta el Sagrario
raudo se acerca.

Con un suspiro
llama a la puerta:
—«¿Su Majestad
algo desea?»

Calló un momento
todo en la iglesia,
y en el Sagrario
una voz suena:

—«Almas deseo,
dilas que vengan.»

DIALOGO

HIJO.—Ya los trigos han segado
y he visto a los segadores
que el campo han abandonado.
Madre, ¿será que ha secado
la fatiga sus sudores?

MADRE.—No, hijo mío, es que en las eras
está recogido el trigo...

HIJO.—¿Y después?

MADRE.—Va a las paneras.
¡Hijo mío, si las vieras!...
Pero escucha lo que digo.

HIJO.—Dime, madre.

MADRE.—Luego el trigo,
en blanca harina cambiado,
amasado y puesto al fuego,
en pan queda transformado.
¡Es un ejemplo, hijo mío,
de la Santa Eucaristía!

HIJO.—Sigue hablando, madre mía,
sigue hablando, que yo ansío
disfrutar de tu alegría...

MADRE.—Así como el pan se hace
con la masa y el calor,
del mismo modo «renace»
Jesús mediante el amor.
El AMOR, fuego sagrado,
es quien «ideó» el Sagrario:
¡ese bello Relicario
donde Jesús se ha encerrado!

HIJO.—Madre, ¡si amar yo pudiera
con un amor tan intenso!...

MADRE.—En eso mismo yo pienso.
Y Jesús así lo espera.

1935

AL NIÑO JESUS

FLORES he visto en tu altar
y no he visto mariposas.
Niño, ¡qué triste es ver rosas
sin quien las quiera libar!

Tus gracias son esas flores,
siempre bellas y lozanas,
sólo porque son hermanas
de tus eternos amores.

De esos amores, que un día,
para robar mi cariño,
convirtiéronse en un Niño
que en un altar sonreía.

Yo contemplé tu hermosura,
cual de niño, pura y bella;
como se mira a una estrella
en medio de noche oscura.

Mariposa me creí,
y a tus flores me llegué,
en su néctar me embriagué
y al embriagarme... morí.

Tus gracias tantos dulzores
dan a aquellos que las quieran,
que en medio de ellas se mueren,
como se mueren las flores.

Flores he visto en tu altar
rodeadas de mariposas.
¡Niño!, qué hermoso es ver rosas
y a quien las quiera libar.

1935

ANTE TU ALTAR

V ENGO a tus plantas divinas
no con un ramo de flores,
traigo un ramo de dolores
entrelazado en espinas.

He visto en tu faz sagrada,
¡oh!, preciosísimo Niño,
una prueba de cariño
que me ha dado tu mirada.

La mirada de esos ojos,
luceros en noche oscura,
que me muestran los abrojos
de esta mi extraña andadura.

Niño a quien siempre invoqué,
sol hermoso a quien seguí
y en cuya luz aprendí
lo que de luces yo sé.

Véme a tus plantas postrado
con mi corona de espinas,
yo no tengo «golondrinas»,
¡aunque estoy crucificado!

Clavado estoy en mi cruz,
tú lo ves, Niño Divino,
y ese sólo es el camino
que lleva a la eterna luz...

Ese camino sagrado
no se puede terminar,
sin antes por él llorar
¡y morir crucificado!

1935

AL NIÑO JESUS DE PRAGA

MIL veces, Divino Niño,
me he postrado ante tu altar
para gustar del cariño
que en tu pureza de armiño
plugo al cielo derramar.

¡Cuántas veces he venido
con el corazón llagado
y al verme, Niño querido,
tu pecho se ha conmovido
y tu amor me ha consolado!...

A tus plantas mis dolores
se han convertido en dulzura,
me ocurre como a las flores;
¡con el agua y los calores
se revisten de hermosura!

Si ante tu altar he llorado,
sí ante tu altar he sufrido,
también junto a Ti he gozado,
y, con tu amor consolado,
feliz a tu lado he sido.

Por eso, libre de enojos,
hoy a tu altar he venido,
y me he postrado de hinojos
para observar en tus ojos
el amor que me has tenido.

¿Cómo podré yo pagarte
tan inestimable don,
si antes de empezar a hablarte,
si tan sólo con mirarte
se calmó mi corazón?

Si tan dulce es el gozar,
Jesús mío, tu consuelo,
¿podré yo acaso soñar
lo que me has de regalar
cuando te vea en el cielo?

En tanto llegue ese día,
a tu altar siempre vendré,
y, para darte alegría,
siempre en unión con María
Jesús mío, rezaré.

1935

FLORES MARCHITAS

JUNTO a tu altar, copo de nieve,
resplandeciente como un cristal,
Niño Divino, rosas me mueren,
rosas cortadas de algún rosal.

Trono de flores, este año triste,
la guerra todo lo quiere ajar,
hasta las flores, ayer lozanas,
mustias se mueren sobre tu altar.

Son ellas flores de sufrimientos,
rosas sangrantes de un corazón,
flores que este año nacieron muertas
porque la guerra las marchitó.

Niño de Praga, como esas flores
mustias y ajadas por el dolor
mira marchitos los corazones
de tantas madres que ya no son.

Jardín de España pisoteado,
vidas cortadas estando en flor,
Señor, que broten pronto otras flores,
flores de paz y flores de amor.

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

JESUS del alma,
Divino Dueño,
¡qué gran dulzura
siento en el pecho!
¡Qué celestiales
son tus consuelos!

Pero a mí mismo,
¡cuánto me temo!
¡Qué mal soporto
los contratiempos.

Corazón Santo,
de amores lleno,
prende en el mío
tu santo fuego.
Que yo me abraze
en ese incendio,
que yo me pierda
en tu sacro pecho,
que yo te ame
cuanto deseo.

1930

INTIMA

NO llores más, corazón,
que no merece la pena
teniendo un alma tan buena
sufrir esa decepción.

No pienses que es vanidad
el que te aconseje así,
¡hace tiempo que viví
tan sólo de la verdad!

Ante una verdad sañuda
jamás conocí el temor,
tampoco sentí pudor
ante una verdad desnuda.

No te fíes, corazón,
de esas bellas hermosuras
que parecen esculturas
y, en realidad, no lo son.

No te fíes de esos ojos,
ni de esos labios rosados,
ni de esos bucles dorados
causa de tantos enojos.

¿Que a quién tienes que mirar?
No te lo puedo decir,
pues temo hacerte reír
en vez de hacerte pensar.

Sigue, pues, con tu locura,
pero escucha este consejo:
«Cuando se ha llegado a viejo,
nada cuenta la hermosura».

1939

TU ERES LA LUZ

TU, Señor, eres la luz
que ilumina mi sendero,
dame tu mano de amigo
que sin ella andar no puedo.

Tú, Señor, eres camino,
sí, a través de este desierto,
mis fuerzas desfalleciesen
dales vigor con tu encuentro.

Tú eres, Señor, la verdad,
métela en mi pensamiento
de tal modo que la acepte
sin reparos y sin miedos.

Tú, Señor, eres la vida,
la vida sin fin que anhelo;
¡vida que nace en la tuya
lleva en sí germen eterno!

Tú eres, Señor, rey de amor,
de justicia y de consuelo,
rey que trasciende la historia
porque tu reino es eterno.

VILLANCICO

EN Belén tocan a gloria
porque ha nacido un rosal;
rosal que en invierno nace
frío tiene que pasar.

En el portal de Belén,
blanca, cual copo de nieve,
está la Virgen María
velando al Niño que duerme.

Divino Niño Jesús,
que en Belén has florecido,
ojos abiertos por mí,
y ¡cómo lloráis de frío!

La Virgen canta que canta,
el Niño llora que llora,
las lágrimas son rubíes
en sus mejillas de rosa.

Rosal nacido en Belén,
¿cómo en invierno has brotado?
¡Ay, cuánto frío has pasado
por redimirme, mi Bien!

VILLANCICO

VIRGEN, que el Niño no lllore,
porque si empieza a llorar,
caerán perlas de sus ojos,
¿y quién las recogerá?

Niño, tesoro del cielo,
ya vuestro llanto calmad,
que si Vos lloráis de pena,
¿cómo podré yo cantar?

No lloren, Niño, tus ojos
que me van a hacer llorar,
vuestra Madre con sus besos
seguro os consolará.

No llores, Niño, no llores
que ya llegan al portal
pastores y Reyes Magos
para darte algún solaz.

En el portal de Belén
ha florecido un rosal,
blancas son todas sus rosas,
igual que la nieve, igual.

Virgen, que el Niño no llore,
porque si empieza a llorar
caerán perlas de sus ojos,
¿y quién las recogerá?

1940

VILLANCICO

YA estoy, Niño Divino,
junto a tu cuna,
¿qué quieres que te diga
de tu hermosura?
¡Eres tan bello
que no sabré decirlo
como lo siento!

¿Qué quieres que te diga,
blanca azucena,
si sólo tu mirada
el alma llena
de tal dulzura
que jamás podrá darme
la criatura?

Boquita de rubíes,
guedejas de oro,
manecitas de seda,
gentil pimpollo,
vente conmigo,
pues estás tiritando
con tanto frío.

Ven, Jesús, a mi alma
que ansiosa espera
de tu amor el regalo
como una prenda.
¡Oh!, ¡qué alegría
verte entrar por la puerta
del alma mía!

Sobre un pobre pesebre
estás dormido,
¿quién pudiera ofrecerte
mejor asilo!...
¡Oh! ¡Quién me diera
darte el mejor palacio
que hay en la tierra!

Si te vienes conmigo,
querido Niño,
diré a las golondrinas
que hagan su nido
junto a tu cama
y así podrás oírlas
por la mañana.

Y a cuatro palomitas
que viven cerca,
les diré que te arrullen
hasta que duermas,
y así dormido,
soñarás con los ángeles
sueños divinos.

También los ruiseñores,
a la alborada,
te cantarán alegres
una tonada.

Tienen el nido
cerquita de mi casa
muy escondido.

Ya sabes que te quiero
con toda el alma,
vente, Niño, conmigo
a mi morada,
en ella el frío
de la helada mañana
será un estío.

Allí podrás mostrarme
muchas bellezas
y llevarme contigo
cuando Tú quieras,
porque yo espero
que me lles un día
contigo al cielo.

1936

MENDIGO DE AMOR

-DECIDME, Jesús mío,
¿por qué suspiras?
¿Por qué estás apenado?

—Alma querida,
porque los hombres
sólo me proporcionan
mil sinsabores.
—¿Amor quieres entonces?
—Es lo que ansío,
de amores me sustento,
de amores vivo.
¡Pero son tantos
los que no se dan cuenta
de que les amo!...
¡Cuántos días de invierno
nevado y frío,
me he llegado a su casa
pidiendo asilo,
y, ¡ay!, infelices,
me cerraron la puerta
para no oírme!
Ahítos de placeres
y amor profano
de que yo estaba fuera
ni se acordaron.

—¡Ay!, Dueño mío,
¿has llamado a mi puerta
y no te he oído?
—A tu puerta he llamado,
alma querida,
y no has querido abrirme
ni un solo día...
—Sí, Jesús mío,
reconozco lo ingrata
que fui contigo.
La puerta de mi alma
queda entreabierta,
Señor, cuando queráis,
entrad por ella.
Yo os espero:
¡que a amor tan sin medida,
amor ofrezco!

1935

FILOSOFIA DE LAS FLORES

LAS flores tienen belleza,
tienen color, lozanía,
pero también ¡qué tristeza!,
tienen su filosofía.

Las flores son muy hermosas,
nacieron para agradar,
pero, como tantas cosas,
las flores hacen pensar.

¡Sublime filosofía
la que se aprende en las flores,
nuestra vida es flor de un día
con variedad de colores!

¿Quién duda que en los caminos
de la vida hay flores bellas?
Pero acaso ¿no están ellas
prendidas de los espinos?

Extraña filosofía
la que me enseña una flor.
¡Nuestra vida es flor de un día
con espinas de dolor!

1938

POR brotar muy de mañana,
antes que saliera el sol,
los pétalos tiene negros
aquella orgullosa flor.

¿Cómo naciste tan pronto,
¡Ay!, ¡qué dolor, qué dolor!,
si la aurora no alumbraba
ni había salido el sol?

—Vi llegar la primavera
y, repleta de ilusión,
abrí al aire presurosa
mi delicado botón.
¡Nunca creí que la muerte
me la diera el propio sol!
—Flor de jardín orgullosa,
¿por qué tanto te cegó
la luz de aquel nuevo día?
—El orgullo me engañó...

¡En el jardín de la vida
cuántas flores marchitó
el orgullo de nacer
antes de nacer el sol!

A UNA FLOR

FLOR que te abriste al despuntar el día
con gotas de rocío y de frescura,
¡qué poco disfrutaste la ternura
del sol, que, al darte un beso, te ofrecía!

Fue muy larga la noche, fue muy fría,
soñaste con perfumes y hermosura,
con rojos vivos e ideal blancura,
luz y calor te amaron a porfía.

Los pétalos abriste codiciosa
a un mundo de perfumes y colores...
¡Y te viste tan bellamente hermosa!...

Pero el sol te besó con sus calores,
y entonces... flor de un día, pobre rosa,
¡moriste con la muerte de las flores!

1929

A UNA ROSA

ROSA fragante y bella,
fresca y lozana,
que de mañana
abres tu cáliz de oro
bebiendo vida...
Rosa fragante y bella,
¡Dios te bendiga!

La luz de la alborada
es tu alimento,
también yo siento
que una luz misteriosa
me da la vida...
Rosa fragante y bella,
¡Dios te bendiga!

Luces son tus mañanas
y atardeceres.
Soy como eres.
También luces y sombras
forman mi vida.
Rosa fragante y bella,
¡Dios te bendiga!

¡Qué hermosa es la mañana
para las flores!
Son mis amores
los que, al nacer la aurora,
me traen la vida.
Rosa fragante y bella,
¡Dios te bendiga!

1931

A UN ARBOL

JUNTO al camino,
como eterno peregrino
que nunca cesa de andar,
está el árbol solitario.

Ya es anciano
el árbol de aquel camino
al que yo tendí la mano
en otros años mejores...
Cargado estaba de flores
mi buen árbol peregrino...

Era un día de calor,
nunca su sombra mejor
para mí.
A su sombra me tendí
y allí comencé a soñar.
¡Era niño todavía,
y sólo soñar sabía!

Aquel árbol solitario,
que ha cambiado su figura,
corteza arrugada y dura
y las ramas deshojadas,
no me llama la atención.

¡Es que las cosas pasadas
mueren en el corazón!

Aquel árbol aún está
junto al camino
como viejo peregrino
al que cuesta caminar.
Hoy le he mirado, al pasar,
presintiendo su destino.

1938

EL CIPRES

ARBOL que tienes savia de los muertos,
tú que, a pesar del frío, has conservado
junto a la tumba del soldado mártir
tu verdor funerario,
llora con esa madre
que riega tus raíces con su llanto.

Tiene manos de «Virgen Dolorosa»,
como la del Calvario.
Tiene rostro de cera, derretida
por el calor del llanto.
¡Cuánto daría por besar al hijo!
¡Pero tú sólo, ciprés, puedes besarlo!

El día ya declina,
la tarde va avanzando
y el dolor de la «nueva dolorosa»
se ha ido agrandando.
¡Que así son los dolores,
largos... muy largos!

1937

A UNA HOJA

EN el árbol, una hoja...
¡Cómo tiembla y se sonroja
al sentir
que el viento la está besando!...

Hoja, no sigas soñando;
ese beso es de un traidor.
¡El viento te está robando
el verdor!

Y si hoy, como enamorado,
hoja, te da un beso el viento,
no le creas,
pues sabrás
que ha llegado disfrazado.

Ya verás
cómo dentro de muy poco,
te agitará, como un loco,
y en la tierra caerás.

En el polvo confundida
con detritos y despojos,
hoja, perderás la vida.

Lo demás...
¡No lo verán ya tus ojos!
¡Ya verás!...

1930

A UN JILGUERO

JILGUERO, hermano mío, que tu canto,
al compás de las hojas y del viento,
escuché a la sombra generosa
del sauce y del enebro.

¿Por qué ya no desgranas tus canciones?
¿Por qué ya no me alegras con sus ecos?
«No canto, porque lloro
a mis cuatro polluelos...

El nido que, al venir la primavera,
con tanto afán y amor fui construyendo,
un hombre de perversas intenciones
lo derribó en el suelo...

¡Cuánto amor fui poniendo en cada paja!
¡Cuánto calor les di a mis pequeñuelos!
¡Cuánto esperar, con esperanza ansiosa,
verlos cruzar el cielo!...

Por eso no te extrañe que no cante,
que, acongojado, guarde este silencio...
¡Gozar y padecer caminan juntos!
¡La vida siempre fue eso!...»...

A UNA GOLONDRINA

DIME, alegre golondrina,
que al volar,
has trazado en tu camino
el sendero peregrino
del tornar.

¿Has llegado hoy a estas tierras
de calor
para darme algún consuelo,
para hablarme de tu cielo,
o de tu amor?

Si es así, canta gozosa,
que es abril,
pero no enturbies la calma
que está gozando mi alma
en el pensil.

Canta, canta, golondrina,
tu canción.
Ya llegó la primavera
y tú eres su primera
bendición.

¿Mas no sabes, golondrina,
que, al volar,
has rozado mi ventana
y me has hecho, de mañana,
suspirar?

No te extrañe, golondrina, tú al salir
has dejado a tus hermanas
sin venir...

1931

CAE LA TARDE

CAE la tarde,
en dulce sueño
van desfilando
mis pensamientos.
Soledad,
nada de remordimientos...

Caminante de la vida
siento sed.
Una sed indefinida
que no apaga la quietud:
¡Es sed de una juventud
de nuevo en mí florecida!

A eso del atardecer,
cuando el pardo ruiseñor
más emocionado canta,
siento que por mi garganta
corre alivio de frescor.

Miré, busqué y encontré,
dentro de mis pensamientos,
unos sublimes momentos
que jamás olvidaré...

Luz vespertina del sol,
no turbes la suave calma;
¡que está llenando mi alma
tu arrebol!

Cesó el ruido...
Llegó la tranquilidad...
¡Todo mi ser convertido
en templo de soledad!

1939

CENIZA

¿S OLO ceniza es la vida?
¿Ceniza tengo que ser?
¡Paradoja fementida,
no te puedo comprender!

Si todo es polvo en la tierra,
¿a qué viene esta ilusión
que me trae el corazón
en una continua guerra?

Ilusión, no puede ser,
es demasiado profunda
para que en tierra se hunda
sin volver a renacer.

Si fuera ilusión de niño
bien pronto la calmaría,
tan sólo me bastaría
darle un poco de cariño...

¿Sólo ceniza es la vida?
¿Sólo ceniza? ¿Es verdad?...
¡Pero siento una ansiedad
que no puede ser vencida!

De este polvo que dejamos
abandonado en la fosa
nacerá la «mariposa»
que gozosos esperamos.

Lo que me hace así pensar
no es ceniza solamente,
ni es ilusión de la mente,
ni sólo un bello soñar.

No puede ser ilusión
o rosa que se marchita,
esto que, inquieto, palpita
dentro de mi corazón.

1938

JUEVES SANTO

NOCHE de Jueves Santo,
noche divina,
en que Jesús dio al mundo
la Eucaristía,
al recordarte,
noche de Jueves Santo,
tengo que amarte.

Y he de amarte, por eso,
porque el Amor
en tus oscuridades
es claro sol.
¡Oh, noche hermosa!
Sólo con recordarte
el alma goza.

Sagrada Eucaristía,
manjar del cielo,
eterno Jueves Santo
de amores lleno,
tú me convidas
y me estás esperando
todos los días.

Bajo las apariencias
de pan, te ocultas.
El Amor fue ingenioso;
nadie lo duda.
¡Qué hermoso día
aquel en que vio el mundo
la Eucaristía!

1936

AL CRISTO DE EL PARDO

¿FUE en visión concebida la idea?
¿Acaso fue un sueño?
No se sabe, lo cierto es que un día
brotó de la gubia del genio.

El artista trató varias veces
esculpirlo, mas no pudo hacerlo.
¡Que el arte y el niño
calla ante el misterio!

Pasaron los días...
¡Oración! ¡Silencio!...
Gregorio Fernández,
esta vez con Jesús en el pecho,
aplicó la gubia
al informe leño,
y el sueño soñado,
nació entre sus dedos...
La boca entreabierta,
traspasado el pecho,
y en las manos y pies y costado
¡cinco llagas, como cinco incendios!

El artista cayó de rodillas
y adoró en silencio...

Cuenta la leyenda
que, ante aquel portento,
el artista exclamó anonadado:
—«Yo he hecho ese *Cuerpo*,
pero la *Cabeza* de rara hermosura
de un *Dios-Hombre* muerto
sólo pudo hacerla
un ángel del cielo.»

1924

PASIONARIA

IBA el Corazón Divino
fatigado y sudoroso
sin hallar en su camino
un corazón bondadoso.

Y así, gimiendo y llorando,
por tan negra ingratitud,
abrazado con su cruz,
la sangre iba derramando.

Jesús lloraba de pena,
y tanto, tanto, lloraba,
que el sufrimiento le ahogaba,
con irrompible cadena.

Mientras tanto, entretenida,
con banales sentimientos,
el alma iba distraída
en sus locos pensamientos.

El la ofreció su perdón,
ella, miró conmovida,
y ambos en el corazón
sintieron la misma herida.

Al ver que Jesús lloraba,
el alma se le acercó,
y, enternecida, sintió
que un dardo la traspasaba.

Tras de Jesús, sollozando,
el alma le fue siguiendo
y al mismo tiempo notando
que con El iba muriendo.

Jesús y el alma subieron
juntos al «monte Calvario»;
ni uno ni otro en solitario:
¡Los dos en «su cruz» murieron!

1930

PENSAMIENTOS

SI el vivir es padecer
y estar sujeto a torturas,
Señor, no quiero dulzuras
que se me puedan perder.

Si la vida es ilusión,
amasada con dolores,
no quiero, Señor, amores
que sequen el corazón.

Quiero una vida de paz
que produzca en mi interior,
con las flores del amor,
los frutos de la bondad.

Quiero tener en el alma
el recuerdo de mi ser;
que no soy un mar en calma,
sino un marchar y volver.

Pensamientos que al pasar,
en revuelta confusión
traen a mi imaginación
el eterno caminar.

Ave, con alas de cera,
eso es el hombre al nacer.
¡Pobre avecilla, Dios quiera
que el sol te deje ascender!

Subir. He aquí la ilusión.
Y subir constantemente,
con luz divina en la frente
y fuego en el corazón.

1938

SOLEDAZ

GOZOSA fecundidad
la del alma que reposa
y es en el mundo una rosa
de santa tranquilidad.

Sólo en las noches de estío,
después del fuerte calor,
se agradece el leve frío
que nos regala el Señor.

El alma, inquieta y nerviosa,
sueña con cosas divinas,
igual que sueña la rosa
con un rosal sin espinas.

Soledad, dulce retiro
que, en este duro vivir,
eres cual leve suspiro
que no hace ruido al salir.

Mientras los ecos del mundo
quieren turbar mi razón,
yo, en tu silencio profundo,
divinizo mi oración.

Que esto es vivir de verdad,
no la vida bulliciosa.
¡Deshojar en soledad
los pétalos de una rosa!

1938

MEDITACION

¿SENTIR la vida un momento?
¿Gozar del breve vivir?
¿Apurar un sentimiento
largo, como el pensamiento
que no se llega a cumplir?

¿Eso fue aquella ilusión
que brotó, como las flores,
como brota una oración
y un dolor de corazón
de unos labios pecadores?

¡Qué difícil es luchar
sin las armas en la mano
y lo que hay que conquistar
se hace largo de esperar
como la lluvia en verano!...

Las mieses que están cayendo
secas, sobre los rastrojos,
¿no están, acaso, diciendo:
«¡Así un día irán cayendo
las lágrimas de tus ojos!»?

CANCION DE OTOÑO

CANCION de otoño primera,
que tienes eco de llanto,
canción que ya no eres canto,
sino nota plañidera.

En el suelo, abandonadas,
millones de hojas cayeron,
ayer eran agraciadas,
hoy, de viejas, se murieron.

Breve es la vida del ser,
misterio extraño y profundo,
mientras viva en este mundo
no lo podré comprender.

Para aprender a vivir
hay que aprender a llorar,
para aprender a gozar
hay que aprender a sufrir.

Lamentable condición
de los seres, al nacer:
¡Dejan de ser lo que son
para ser lo que han de ser!

1938

NOVIEMBRE

LAS golondrinas se fueron
y se fueron a otras tierras;
¡hicieron bien emigrando,
antes que el frío viniera!

—«Golondrinas» que hace poco
arribasteis a estas tierras,
¿os ha parecido larga
vuestra estancia? —«Muy pequeña».

—«Hojas», que ha poco nacisteis,
al llegar la primavera,
y en unos meses tan sólo
os habéis hecho ya viejas...
Zarandeadas por el viento,
«¿A dónde vais?».
—«Donde él quiera»...

—«Niños» que cantáis alegres,
porque no sabéis de penas,
decidme, al menos, vosotros
algo que no me entristezca.»
—«¡Te lo diremos, buen hombre,
pues que tanto te interesa.
En este mundo que pasa,

no busques dicha completa.
Sé “niño”, como nosotros,
y verás brillar tu estrella.»

Las «golondrinas» se fueron,
el viento las «hojas» lleva,
y los «niños» sus canciones
repiten en la plazuela.

1935

DICIEMBRE

DICIEMBRE, mes del invierno,
que traes nieve en la cabeza,
viejo desde el primer día,
que no sabes de alegría,
que sólo tienes tristeza...

No contristes con tus fríos,
tus nieves y tus heladas,
a esas novias enlutadas
que quedan en el hogar,
ni a esas madres desoladas
que sólo saben llorar...

Que haya «pan» y que haya «lumbre»
que no haya un hogar cristiano
donde no llegue una mano
cargada de dulcedumbre...

Diciembre, que tu figura
siempre adusta y misteriosa,
nos traiga este año una cosa:
«pan» y «paz», no «desventura».

Hogares de España, tristes,
porque se marchó el soldado,
no penséis que se ha olvidado
del abrazo que le disteis.

Volverá,
y en la mano traerá
las banderas victoriosas,
que este invierno adornará
con nieve y con «cinco rosas».

1937

CAE LA NIEVE

LA nieve ha cubierto el suelo
con ese manto de frío
que va grabando en el hombre
el amor al sacrificio.

Corazones que sentís
del desengaño el olvido,
no lloréis más, que la nieve
es mucha la que ha caído,
y puede helar vuestras lágrimas
antes de haberlas vertido.

Dicen que se van cubriendo,
de la vida los caminos,
con nieve de indiferencias
y con agua de martirios...

No lo sé; pero, los pájaros,
que ayer lanzaban sus trinos,
han callado, y que la nieve
heló su canto en el pico.

Dicen que las abuelitas
han encendido el hornillo
y que narran a sus nietos

aquellos cuentos tan lindos:
«De cómo una hermosa dama
se casó con un rey indio.»

La nieve ha cubierto el suelo;
callaron los pajaritos,
y el hombre vuelve a su casa,
¡porque fuera hay mucho frío!

1939

ELEGIA

¡QUE cosas hacen
las grandes almas!
Actos heroicos,
grandes hazañas.

Fue un día triste
de nieve y agua,
cuando la madre,
deshecha en lágrimas,
vio muerto al hijo
de sus entrañas.

Desde aquel día
ya no descansa.
Pasa las horas
sorbiendo lágrimas.

Todos los días,
por la mañana,
va al cementerio,
como sonámbula,
y al hijo muerto
así le habla:

—«Dime, hijo mío,
por qué así callas?
¿Es que no tienes
una palabra
para tu madre
que tanto te ama?»

Nadie contesta...
Todo está en calma...
Sólo silencio...
¡Y es que las almas
cuanto más quieren
tanto más callan!

Triste, la madre,
vuelve a su casa.
El rostro pálido,
las manos blancas,
suelto el cabello,
la tez ajada...

Pasan los días,
los meses pasan,
y al cementerio,
como sonámbula,
todos los días
va de mañana.

Hace dos años,
allá por Pascua,
se murió el hijo
que tanto amaba.
¡Ay!, pobre madre,
¡si ella lograra
cómo su hijo
morir en Pascua!...

Dos o tres días
sólo faltaban.
Se acostó pronto,
casi agotada
por los dolores
y por las lágrimas
y, presintiendo
que se acercaba
el gran momento
que tanto ansiaba,
le pidió al Cura,
como cristiana,
los Sacramentos...

Muy de mañana,
cuando la aurora
se despertaba,
como en un sueño,
entregó el alma.
Quedó su cuerpo
como una estatua,
y las vecinas
que la velaban,
así decían,
mientras rezaban:
—«Pobre señora,
¡era una santa!».

1927

RESURGIR

¿QUIEN te enseñó a cantar,
beldad de la tierra?
¿Quién, allá en la sierra,
de una roca prendió tu canción,
como tul de bruma,
como blanca espuma,
como una oración?

Porque yo te he oído, bella-encantadora,
como una azucena
de blancura llena,
al nacer la aurora...
—Quién me lo ha enseñado,
no lo sé decir;
quise reunir,
en una canción,
llorar y reír.

Nací, como un limonero;
al calor de la tierra, primero,
después,
extendí las ramas
pues quiero
que todo «mi fruto» quede prisionero
besando mis pies.

Desde entonces fui toda «canción»,
toda «resurgir».
Aquella semilla,
aparentemente sencilla,
comenzó a crecer.
Hoy soy toda perfume y canción:
lo dicen mis labios con la contrición.

1939

TU ERES PIEDRA

JUNTO al mar de Galilea,
agitado por los vientos,
florece los pensamientos
de Jesús.

Recuerdo y luz
de aquella hora memorable
en que, un hombre venerable,
confuso por la emoción,
oye esta admonición
entrañable.

—«Tú eres Piedra, y sobre ti,
como las rocas del mar,
las olas se estrellarán,
que arremetan contra Mí.»

Aguas de persecuciones,
vanidad de gente loca,
os romperéis en la «Roca»
de las grandes bendiciones.

La «Roca del Vaticano»
es blanca, como la espuma;
¡siempre es «una»,
bendiciendo con su mano!

Las aguas de la impiedad
la intentarán destruir,
pero en vano.
A su lado, como un sueño,
se oirá la voz de Jesús,
brillante como una estrella:
*«... Y las puertas del infierno
se estrellarán contra ELLA».*

1939

QUEDATE CON NOSOTROS...

DE nuevo, Señor, el alma
se recuerda de aquel día.
Tarde en calma.
Angustioso caminar,
inquietante conversar
por aquel camino
que a Emaús les guía.

Palabras entrecortadas,
expresando una ansiedad.
Recuerdos de atardecer.
Manchas tristes de arrebol.
Línea esfumada, al caer,
confundida con el sol.

En el camino,
un peregrino.
¡Mirada tiene de amor!
Las manos suaves y bellas
cual si fueran dos estrellas
con un mismo resplandor.

—«¿Por qué camináis tan tristes?»
—«Corazón,
no te forjes ilusión.

Es un pobre caminante
que te pregunta, anhelante,
de tu pena la razón.»

—«Señor, que el día declina
y avanza la oscuridad...

Con nosotros, pues, quedad».

—«Sí, con vosotros me quedo.

Dadme un pedazo de pan.»

—«¡Son las manos de Jesús!

El nos ha dado la luz».

Las sombras huyendo van.

1939

EL MISIONERO Y EL MUNDO

EL MISIONERO

¡HERMOSO panorama el que me espera
viajando por la selva africana
o cruzando la pampa americana
que mi mente de joven presintiera!

Adiós, Patria querida, España amada,
me alejo de tu suelo prodigioso,
adiós, también, ¡oh, madre idolatrada!,
también a ti te dejo... aunque lloroso...

Es Jesús, el Divino Misionero,
quien me pide esas almas alejadas,
y yo, madre, gozoso seguir quiero
las huellas de Jesús ensangrentadas.

El pecho se me rompe de tristeza,
y siento enormemente la partida,
pero, madre, me llama con presteza
la sangre de Jesús allí vertida.

Adiós quedad, hermanos de mi alma,
inquieto está en el puerto mi navío,
me siento, como el mar, en dulce calma,
dejadme navegar tras lo que ansío.

EL MUNDO

Tus bellas sinrazones he escuchado,
¿por qué de tus hermanos hoy te alejas?
¿Por qué a tal aventura vas lanzado?
¿Por qué todo lo que amas así dejas?

Aquí las multitudes te proclaman,
la fama con aplausos te corona,
tu madre y tus hermanos tanto te aman
y así tu corazón los abandona?

¿Qué vas a conquistar en esas tierras?
¿Acaso acumular pingüe fortuna?
¿No sabes que la suerte es importuna
y, al creer acertar, es cuando yerras?

EL MISIONERO

¡Ya veo que no entiendes del Amor!
La dicha no se encuentra en las riquezas,
¿no sabes que las más puras finezas
se gozan en los brazos del dolor?

¿No sabes que la dicha más cumplida
está en el padecer y en la amargura?
¿Ignoras que la más fina ternura
está entre los dolores escondida?

EL MUNDO

No, joven misionero, la alegría
tan sólo la hallarás en mis placeres,
así lo experimentan día a día
millares de varones y mujeres.

EL MISIONERO

La dicha verdadera está en el alma,
no envuelta en esos bajos lodazales,
¿cómo, pues, les prometes tú la calma
en orgías y locos bacanales?

Adiós, mundo, me voy, pues tus intrigas
no quiero que me turben el sentido,
no quiero que palabras fermentadas
me halaguen por más tiempo el oído.

El alma de los indios ya me espera,
la mies está en sazón, segarla quiero,
el fruto de tan larga sementera
le debe cosechar el misionero.

EL MUNDO

De nuevo te pregunto, ¿qué deseas?
¿Qué quieres conquistar?: ¿oro?, ¿riquezas?
En mí las hallarás, como me creas
y arrojes de tu mente esas simplezas.

Honores te daré, renombre y fama,
tu nombre volará de polo a polo...

EL MISIONERO

Desprecio tus promesas, pues tan sólo
a Cristo seguiré que es quien me llama.

EL MUNDO

Placeres te daré...

EL MISIONERO

Dolores quiero.

EL MUNDO

Honores gozarás...

EL MISIONERO

Los aborrezco.
Tan sólo privaciones apetezco
y ser de Jesucristo misionero.

EL MUNDO

Los hombres se reirán de tus locuras...
Serás muy desgraciado...

EL MISIONERO

Nada importa.
Prefiero a todo ello las dulzuras
que el ser buen misionero me reporta.

EL MUNDO

¡Loco debes de estar pues los placeres
y dichas que te ofrezco no apeteces!
¿A mí que soy EL MUNDO me aborreces?
Por último pregunto: Di, ¿qué quieres?

EL MISIONERO

Las almas de los negros africanos.

EL MUNDO

Allí te matarán, por tu delirio...

EL MISIONERO

¡Feliz si yo pudiera entre sus manos
ceñirme la corona del martirio!

EL MUNDO

¿Desechas mis promesas?

EL MISIONERO

Las desecho.

EL MUNDO

¿El oro no te agrada?

EL MISIONERO

No lo quiero...

EL MUNDO

¿Entonces me aseguras que es un hecho,
que vas a ser de Cristo misionero?

EL MISIONERO

¡Sí!

EL MUNDO

Adiós entonces queda, desdichado.
El odio te será mi despedida
y un largo padecer será tu vida
por no escuchar al MUNDO que te ha hablado.

EL MISIONERO

¡Oh, Cruz! Divina Enseña que atesoras
los místicos consuelos de mi Amado,
contigo pasaré las tristes horas
que tenga el corazón acongojado.
Contigo, y a tu lado, vivir quiero,
contigo este destierro iré pasando
y en ti, Divina Enseña, iré grabando
¡HE SIDO TU ENTUSIASTA MISIONERO!

1-XII-1929

EL MISIONERO Y LA EUCARISTIA

(El misionero ante el Sagrario).

EL MISIONERO

SEÑOR, estoy afligido
de mi valor desconfiando.
¿Cómo a tu redil querido
traeré las almas!

JESUS

—ROGANDO.

EL MISIONERO

¡Es tan duro el caminar!...
¡Las almas se van, huyendo!
¿Cómo podré soportar
tantos dolores?

JESUS

—SUFRIENDO.

EL MISIONERO

Dime, Señor ¿cómo iré
mi corona fabricando?

JESUS

—Hijo, yo te lo diré:
AMANDO, AMANDO, AMANDO.

EL MISIONERO

Señor, ¡qué extraña alegría
tu voz me ha comunicado!

JESUS

Es que te encuentras postrado
al pie de mi EUCARISTIA.

1930

FRANCISCANA

DICE la Historia Franciscana
que un día,
por la mañana,
Francisco salió
con Fray Maseo,
con el único deseo
de predicar.

Comenzaba a alborear.
Iban andando los dos;
unas veces rezando
y otras hablando
de Dios.

Y llegaron a un camino
que se dividía en tres.
—«Ya ves
—dijo Francisco a Fray Maseo—,
hay que saber el deseo
divino.
Da, pues, vueltas sobre ti,
y hacia allí
donde te mande parar,
iremos a predicar.»

Y dice la tradición
que así hicieron
y que a nuestra Religión
muchos hombres convirtieron.

1939

EL LOBO DE GUBBIO

HERMANO Francisco,
corazón de plata,
el lobo de Gubbio,
que otrora amansaras,
ya no es sólo «uno»,
ahora son «manada».

Lobos son los pueblos,
lobos son las razas,
lobos son las guerras,
lobos son las armas,
lobos son los hombres
que entre sí se matan.

Hermano Francisco,
corazón de plata,
cuando tú vivías
en Gubbio temblaban
porque un lobo fiero
sus reses diezmaba.

El lobo de Gubbio,
como fiera actuaba;
era el ciego instinto
el que le obligaba...

Los «lobos» de ahora
tienen peor saña,
son más sanguinarios
que el que tú amansaras.

Ante esta jauría
de «lobos» que andan
con piel de cordero
por calles y plazas,
las mujeres huyen,
los viejos se callan,
los niños se asustan,
los jóvenes se arman...

Los «lobos» de ahora
se odian y matan,
no por ciego instinto,
sino por venganza.

Porque sus ideas dicen ser dispares,
porque las riquezas están controladas,
porque los de «abajo» se mueren de hambre,
porque los de «arriba» gozan a sus anchas.

—«¿Por qué, “hermano lobo”,
mataste con saña,
a los que en el bosque
tranquilos pastaban?»

—«Me moría de hambre, hermano Francisco,
sólo fue por hambre; te doy mi palabra,
mas ya que tus labios me llaman “hermano”,
quiero ser “hermano”, no fiera acosada.

Quiero que los hombres vivan como “hermanos”,
que no haya más odios, ni guerras, ni espadas...
que no sean “lobos”
que entre sí se matan.»

—«Haré lo que pueda», prometió Francisco,
mientras sus dos manos al cielo elevaba.
Pasado algún tiempo,
de Asís en la plaza,
volvieron a verse.

El «hermano lobo» temblaba de rabia.
—«Dime, Fray Francisco,
¿do fue tu palabra?
¿Se la llevó el viento?

¿No sirvió de nada?
De nuevo el instinto
de fiera me arrastra.
Creí que los hombres eran como hermanos,
pero he comprobado que a “fieras” me ganan.

Hermano Francisco, sigo en ti creyendo,
pero no en los hombres que odian y se matan.
Me vuelvo a los montes,
soy una alimaña.
Vuelvo a mi guarida,
donde el hambre aguarda,
vuelvo a ser el lobo
que destroza y mata.»

—«¡Bien!, “hermano lobo”,
dame tu palabra
de que no harás daño
a los corderitos que en el bosque pastan.»

El «hermano lobo» bajó las orejas
y ofreció a Francisco su peluda pata.

NUEVA «FLORECILLA»

OSCURA tarde,
melancólicas cadencias
entre el tupido follaje
llega un rumor lejano
de pies descalzos que suenan,
pies que huellan el ropaje
de la verde primavera.

Una fuente llora
lágrimas de cristal,
el sol la dora
como si la fuente fuera
un espejo ideal
hecho por la primavera.

Se oye un rumor lejano
y en la mano
de Fray Maseo
Francisco ve su deseo.
—«Hermano ruiseñor,
ya que has venido
desde tu nido,
desgrana una canción.»

Se había puesto el sol.
El ruiseñor
así a Francisco decía
con extraña melodía:
«Altísimo, Omnipotente, Buen Señor»...

La tarde se moría.
Fray Maseo rezaba,
el ruiseñor cantaba,
Fray Francisco lloraba de alegría.

1939

MUERTE DE SAN FRANCISCO

ERA un día de octubre
silencioso y en calma.
El sol era de fuego,
el cielo de escarlata,
la tarde enmudecía,
los frailes sollozaban.

Sobre la «hermana» tierra
Francisco agonizaba
y en su enfermizo cuerpo,
cera virgen quemada,
brillaban «cinco rosas»...
¡Eran sus cinco llagas!

En el suelo tendido,
como flor agostada,
musitaba Francisco
entre rezos y lágrimas:
—«Rompe, Señor, los hierros
que aprisionan mi alma,
que mis “rosas” anhelan
el jardín de otra patria,
que los santos me esperan,
que se hunde esta “casa”,
donde vivo muriendo
y morir es ganancia...»

Era un día de octubre,
silencioso y en el calma.
Por el cielo infinito,
como disco de plata,
el alma de Francisco
a la gloria llegaba.
¡En su cuerpo de cera
«cinco rosas» brillaban!

1990

DESPEDIDA

Esta poesía fue compuesta para la despedida del autor y sus condiscípulos del Seminario de El Pardo, al ser trasladados al Noviciado. (Basurto-Bilbao.)

DICEN que todo se pasa,
como el tamo de las eras,
que las sonrisas primeras
que se gozan al nacer,
se disipan como el humo,
y tan sólo queda de ellas,
lo que dejan las estrellas
después del amanecer.

Dicen que los días buenos,
de inenarrables, ternuras,
de ideas bellas y puras
de la inocente niñez,
pasan cual soplos ligeros
de brisas primaverales
que acarician los frutales
con extraña rapidez.

Y cesan las melodías
de los pardos ruiseñores,
y se marchitan las flores
que perfuman el pensil
y se muere el arroyuelo
que entre las rocas murmura
dibujando la hermosura
de las mañanas de abril.

Sólo una cosa no pasa,
sólo una cosa persiste,
sólo una cosa resiste
del tiempo a la destrucción,
la lleva el hombre metida
en el fondo de su alma,
y ella tan sólo da calma
al inquieto corazón.

No ignoráis cómo se llama
ese ser tan misterioso,
don el más noble y precioso
que existe en la humanidad,
se llama AMOR DE CRISTIANOS,
que, cual brújula divina,
a los hombres encamina
por sendas de eternidad.

Compañeros muy queridos,
al dar el adiós postrero
a este Colegio señero,
seminario de virtud,
queremos dar una prueba
del amor que os profesamos
y que no nos olvidamos
del deber de gratitud.

¿Cómo olvidar, compañeros,
este jardín de ilusiones?
¿Cómo olvidar las canciones
de nuestra amada niñez?
¿Cómo borrar de la mente
las ingenuas travesuras
espontáneas en ternuras,
sublimes en sencillez?

¿Cómo olvidar vuestros rostros
alegres y placenteros,
representantes sinceros
de santa tranquilidad,
y esas abiertas sonrisas,
impregnadas de dulzura
que elevan al alma pura
a sueños de eternidad?

Mas, ¡ay triste!, que una idea
el corazón me tortura,
y me causa una amargura
incapaz de resistir.
Algo presiento, queridos,
algo el pecho me acongoja,
pues tiemblo, cual débil hoja,
al tener hoy que partir.

No es el dejar estos muros
lo que el corazón me apena,
lo que de inquietud me llena,
sin poderlo comprender,
es... que a muchos de nosotros,
que hoy aquí juntos estamos,
quizá jamás los volvamos
en aqueste mundo a ver...

Acaso desorientados
en el piélago del mundo,
horrísono y tremebundo,
a la deriva el bajel,
sucumbirán, ¡infelices!,
en el abismo sin puerto
de sombra y pavor cubierto,
sin haber pensado en él.

¿Podrá ser, Pastora amada,
que estos tus hijos queridos
lleguen a ser seducidos
por la serpiente infernal?
No permitas, Madre amada,
que los que hoy te veneramos,
un mal día sucumbamos
ante el señuelo del mal.

Bien sabemos, Virgen pura,
que todo el mundo está lleno
de mortífero veneno
que puede hacernos morir.
Hoy estamos a tu lado,
que tu mano protectora,
oh, dulcísima Pastora,
no nos deje sucumbir.

7-VII-1925

SOY ZAPATERO

Declamada, el día de San Félix de Cantalicio, por Fray Pascual de Villares.

¿Y qué podré deciros,
yo, pobre, lego,
si de coser sandalias
tan sólo entiendo?
Una cosa, con todo,
deciros quiero,
y es, cómo un capuchino
que es zapatero
puede pasar el día
muy satisfecho.

Cada vez que la lezna
meto en el cuero,
una jaculatoria
elevo al cielo
y al golpe del martillo
uno de mis rezos:
¡que oración y trabajo
sos dos veneros
de los que el hombre saca
valiosos méritos!

Además de este oficio,
bello por cierto,
soy quien lava la ropa

en el convento.
Dos son, como sabéis,
los elementos
que en hacer la «colada»
emplear debo:
por una parte, el agua,
por otra, el fuego,
¡qué hermoso simbolismo
en ellos veo!
Uno, indica la gloria,
otro, el infierno,
aquel, bautismo de agua,
este, de fuego.
Esto me han enseñado
los Santos Legos
que en mis dos oficinas
honro y venero,
por eso no os extrañe
que esté contento,
pues cosiendo sandalias
me gano el cielo.

1929

A FRAY INDALECIO DE SANTIBAÑEZ

(*Constancio Andueza.*)

UN soneto me manda hacer Andueza,
¡y vaya si me cuesta el componerlo!
Hasta tanto que yo no espero verlo
si la «musa» no muestra más viveza.

Pero, nada, ahí te va, toma esta pieza,
pues el seso se pierde con hacerlo;
y ¡cuidado!, no digas al leerlo:
«Lo encuentro desprovisto de belleza».

Pero ya los «cuartetos» he pasado,
y te aseguro que el primer «terceto»
con el verso que lees ha terminado.

Espero que el segundo en que me meto,
no me dé que sufrir, ¡el desgraciado!
Pero no; terminado está el soneto.

1927

GRATITUD, DOLOR, AMOR

*Al P. Laureano de las Muñecas, en sus
NOVENTA AÑOS.*

SON noventa años, Señor,
los que me has dado de vida,
serie nunca interrumpida
de beneficios y amor.
Al mirar desde este alcor
tan hermoso atardecer,
quiero a tus plantas poner,
en crepúsculo de luz,
la palabra «gratitud»
como expresión de mi ser.

Entre espinas y entre rosas
he cruzado mi camino,
siempre intenté, a lo divino,
dedicarte grandes cosas,
si las flores más hermosas
tal vez manché con mis pies,
Señor, no fue, tú lo ves,
malicia o mala intención;
fue engaño del corazón,
que, a veces, piensa al revés.

¿Qué he de decirte, Señor,
que no sepas ya de mí?
Cuanto tengo te lo di

como prueba de mi «amor»,
hoy, con creciente fervor,
mi oblación renovaré
y en ella te pediré
que mi alegre senectud
sea flor de gratitud
que en tu altar deshojaré.

1980

«MEMENTO»

DESDE esta soledad, montaña y frío,
dirijo hacia Madrid mi pensamiento,
pues, a pesar de la distancia, siento
que mi puesto de siempre está vacío.

¡San José!: Doble «santo» en mi convento,
rezar y sonreír de franciscanos,
si no puedo estar hoy con mis hermanos
al menos lo estaré con mi «memento».

«Memento» que nació, cual tenue brisa,
al romper el fulgor de la mañana,
«memento» que se abrió en la Santa Misa
como capullo de una flor temprana.

«Memento» para el «Padre» (1) que es de todos,
aunque oriundo de tierras palentinas,
«memento» para él que, de mil modos,
une cosas humanas con divinas.

«Memento» para el hombre venerable (2)
a punto de cumplir noventa años;
«memento» para él, siempre admirable
venciendo sus «noventa desengaños».

(1) P. José de la Puebla, Superior.

(2) P. José de Solórzano.

«Memento» para todos este día
de auténticos sentires franciscanos,
«memento» por la más sana alegría
que brota del amor de los hermanos.

Desde esta soledad, montaña y frío (3),
contemplando a Madrid en lontananza,
como se orienta hacia la mar el río,
oriento hacia vosotros mi esperanza.

1965

(3) Sanatorio de Tablada.

TRES HITOS DE UNA VIDA

*Al Dr. D. José Zapatero, en prueba de nuestra
mutua amistad.*

CASTROMOCHO (CASTILLA)

TIERRAS pardas de Castilla,
barbechos y sementeras,
mares dorados de mieses,
parvas de trigo en las eras,
anchuras de campos góticos,
cielos sembrados de estrellas,
silencios y soledades,
senderos y parameras...

Todo esto fue, don José,
lo que abrió su inteligencia.

Seriedad, ponderación,
timidez, condescendencia,
elementos de un carácter
amasado en esta tierra
donde el silencio no hiere,
donde el horizonte llega
allí, donde tierra y cielo,
en una línea se quiebran,
donde la puesta del sol
es agotarse una esencia
y es terminarse una vida,
sin apenas dejar huella.

Por eso sois, don José,
mitad risa y mitad queja,
labrado con roja arcilla
que el tiempo convierte en piedra.
Vida que así comenzó
en llanos y parameras,
aprendió a soñar con mares;
¡porque los mares... se sueñan!
Castilla soñó con mares.
Un día, tres carabelas
en busca de un Nuevo Mundo
mandó la Reina Isabela,
Castilla sueña con mares
y ese sueño la impacienta.
Por los montes de Cantabria
logró franquear una puerta.
Castilla se acercó al mar
con timidez de doncella,
el mar dio a Castilla el agua
y Castilla dio al mar tierra;
y así se unieron los dos
con unión la más estrecha.

CASTRO-URDIALES (CANTABRIA)

Castro-Urdiales, verde y gris,
hecho de historia y leyenda,
que sabes de marineros,
de espumas y de galernas,
de ruidos de caracolas,
y de azulados turquesa,
en ti soñó don José
sus sueños de primavera.

¡Que no hay mejor almohada,
para soñar cosas bellas,
que la de un acantilado
donde las olas se quiebran.

Mares de tierra y de agua,
arideces y florestas,
soledades y murmullos,
tierras de pan, mar de pesca...
tal fue su vida, doctor;
un camino y una estela.

Sois peregrino de mares,
y peregrino de tierras.
Muchos senderos cruzasteis
dejando siempre una huella
o en los campos del dolor,
o en los mares de la ciencia.

TABLADA (SANATORIO)

En los campos de Castilla,
sobre montaña roquera,
un «barco» ancló para siempre,
con la quilla hacia el mar vuelta.

Tablada, voz de romance,
de dos Castillas la puerta,
donde un Arcipreste alegre
con Aldara discurriera
sobre amores y amoríos
una mañana cualquiera.
Tablada, barco y castillo,
sin remos y sin almenas,
cuajada de realidades
y repleta de leyendas.

Tablada, pino y bauprés
de una embarcación señera.

Don José, su doble sueño,
tierra y mar, aquí se encuentran.
Su sanatorio es el barco
anclado en la playa inmensa
de estas rocas castellanas,
cantil de un mar sin fronteras...

Don José, siga cruzando
mares de dolor y ciencia,
y no abandone el timón
de esta nave, cuya estela
cumple veinticinco años,
como veinticinco estrellas.

1967

AL DR. D. JOSE ZAPATERO

En el día de su santo.

SOLAR de Castilla,
casa solariega.
Como ascua encendida
el sol reverbera.
En la lejanía
la ancha paramera
que en otoño es ocre,
verde en primavera.
Ardientes resoles
fundían las venas,
tensaban los músculos
para las faenas...

Al pie de tu cuna
no hubo poetas,
ni hubo trovadores,
ni cantos de gesta;
vinistes al mundo
sin una estridencia.

Siendo adolescente
a soñar empiezas,
y es en Castro-Urdiales,
ciudad montañesa,
junto al mar inmenso

y verdes praderas,
donde, entusiasmado,
a soñar comienzas.
Sueñas con espumas
y hermosas nereidas...

La tuya es muy joven,
de suaves caderas,
rubia como el oro,
y la tez morena.

Pasaron veranos,
con tamo en las eras;
vinieron otoños,
con nieve en la sierra;
nacieron las flores
con la primavera...

De nuevo a Castilla.
Madrid a la espera.
Caserón vetusto (1)
de salas inmensas
donde huele a enfermo
y el dolor se hospeda,
donde el hombre sufre
y la muerte acecha.

Un día de tantos,
que tú no recuerdas,
en que el yodoformo
quemaba las venas,
oíste un susurro...
¡Era la voz de «Ella».
—«Soy la medicina

(1) Hospital de San Carlos, hoy «Museo Reina Sofía».

—dijo con voz queda—.
Quiero ser tu “novia”,
quiero ser tu idea,
quiero ser tu vida,
quiero ser tu empresa...
¡Cuánto vales y eres
dámelo en herencia!»

Brillaron tus ojos,
temblaron tus piernas.
Hubo un desposorio
que nadie recuerda,
porque ningún hombre
presenció la escena.
Ni anillos, ni tules,
ni flores, ni fiesta...
¡Fue, como los lirios
en la primavera!
¡Sólo en el jardín
saben que se besan!

Los sueños soñados
en la árida estepa
de aquella Castilla
callada y discreta,
hoy son realidades
de una vida entera.

1968

MIS DOS AMORES
(Castro-Urdiales - Tablada)

*Versos puestos en labios del Dr. D. José Zapatero,
a quien se los dedico el día de su santo.*

CASTRO-URDIALES, pueblo mío,
sueño que llevo en el alma,
tan azul y transparente
como el cielo y como el agua.
Hoy quisiera, en mis recuerdos,
caracola de oro y plata,
palpar turgencias de mares,
escuchar voces de algas,
mecerme en olas inquietas,
que a besos comen las playas,
cubrirme con sus espumas,
como nereida de fábula,
aguantar como las rocas,
los embates de las aguas,
mirar con ojos de faro
los barcos en lontananza,
ser marino de mil mares,
ser roca, ser mar, ser playa,
ser agua, y espuma y faro,
y vivir todas mis ansias
con inquietud y con gozo,
con rapidez y con calma,
dormido, despierto, solo,
acompañado y en marcha,
haciendo hitos en la vida
sin detenerme a gozarla...

Desde estas rocas señeras,
¡Ay!, mi «barco de Tablada»,
quiero soñar en los «mares»
donde su quilla recalca.
Mares de tierras reseca,
de rocas grises y pardas,
con olas de pinos verdes,
que el viento mece o desgarrá.
Mares donde hay ruiseñores
en vez de gaviotas blancas.
Cantiles y malecones
donde la nieve se cuaja.
Olas que nunca se mueven
porque están petrificadas...
A estos mares de leyenda
hice un día mi arribada.
«Argos» de la medicina
en él emprendí la marcha.
Muchos pacientes cruzaron
agarrados a sus jarcias.
¡La enfermedad, como el mar,
es turbulenta y es brava!
¡El mar y la medicina
siempre sus secretos guardan!

Con la mano en el timón,
y en el cielo la mirada,
traté de esquivar escollos,
de descubrir nuevas playas.
Nuevo «Ulises» de estos mares.
¡Ay!, mi «barco de Tablada»,
sigo aliviando a los náufragos
que aquí llegan de arribada.
¡Que aunque hay nieve en mi cabeza,
fe y entusiasmo no faltan!

Boguemos, alma, boguemos.
¡La mar de Castilla es ancha!

LA DIVINA PASTORA

ERA una tarde de septiembre hermosa,
bella como una rosa.
El cielo estaba de púrpura cubierto,
los hombres en sus cosas trajinando,
y un apóstol llorando,
porque el templo hallábase desierto.

«Sevilla, patria mía desdichada»,
con voz entrecortada,
clamaba el misionero capuchino...
Mas su voz en el templo se perdía.
La multitud no oía,
sentía náuseas del manjar divino.

El santo misionero, contristado,
el pecho acongojado,
por la pena y la duda más intensa,
—«Oh, María», con voz ardiente clama,
y del fervor la llama
crece en su corazón, cual pira inmensa.

Luz misteriosa el aposento inunda,
de claridad profunda,
y la Virgen, vestida de pastora,
con pellica y cayado, se aparece.

El padre enmudece
y, reverente, con fervor la adora.

—«No suspires ya más —dice María—,
lleva desde este día
la imagen que aquí ves a tus misiones
y no dudes que siempre será Ella
la refulgente estrella
que ilumine a los ciegos corazones.»

Así lo hizo, y desde aquella hora
la Divina Pastora
los sermones del fraile presidía.
Los pueblos en tropel se le acercaban,
sus pecados lloraban
y el llanto en redención se convertía.

1930

A LA DIVINA PASTORA

*Esta poesía fue compuesta para la Catequesis
de los PP. Capuchinos de León y declamada,
por vez primera, por el niño Carlos Simón el día 26
de mayo de 1927.*

¿P OR qué di, Virgen pura,
con sola tu presencia
una idea sublime
el corazón me llena?

¿Qué tienen esos ojos,
cual fúlgidas estrellas,
que así me han cautivado
con su rara belleza?
Mira que aunque soy niño,
también siento las pérdidas...

Tenía un corazón,
blanco, cual azucena,
y tú me lo robaste,
sin darme de ello cuenta...

Pero, Madre, ya es tuyo
y yo soy tu ovejuela.
Guárdalo en tu regazo
para que no se pierda.
Pastorcita del alma,
llévate en hora buena,
no sólo el corazón,
¡todo lo que yo tenga!

VIRGEN, ME ACUERDO DE TI...

VIRGEN, me acuerdo de Ti,
porque en tus ojos de cielo
he visto correr las lágrimas
que aumentan tu sufrimiento.

No llores más, Virgen mía,
seca ya tus ojos bellos,
porque si lloran los tuyos,
¿qué haré yo con los que tengo?

Por el monte van bajando,
donde quedó tu Hijo muerto,
los lutos de tus dolores
y de tu llanto los ecos.

Fuentes han sido tus ojos,
los míos... siguen desiertos.

Soledad, queda con Ella,
¡que la voz de tu silencio
es buena cuando se sufre
y el llanto comprime el pecho!

Soledad, sólo tu nombre
debe oírse en silencio,
pues las grandes amarguras
con tu presencia son menos.

Soledad, llega la noche,
cierra la puerta por dentro
que la Madre Dolorosa,
está llorando en silencio.

1940

INMACULADA

FUE una noche.
Una noche de diciembre encapotada,
una noche de fantásticas visiones,
de esas noches misteriosas y románticas
en que el «estro» toma vuelos
y las «musas» arrebatan.

Fue una noche
de diciembre encapotada.

En mis sueños de poeta vi extasiado
la figura mayestática
de una Virgen que nacía cual la aurora,
transparente, sonrosada...
Cuatro monstruos misteriosos,
que los bíblicos profetas contemplaran,
en carroza de seis ruedas
a la Virgen transportaban.

Muchos siglos transcurrieron
desde que el Génesis hablara
de esta Virgen misteriosa
que heriría a la «serpiente» con su planta.
Pasó un siglo y otro siglo,
por los mundos siderales arrastrada

la carroza se detuvo
ante un fraile franciscano que rezaba.
Era un joven de sutil inteligencia,
de profundo pensamiento, de alma casta.
Era Escoto, el vidente esclarecido
que, intuyendo la visión que contemplaba,
en un raptó de su espíritu gigante,
«*potuit, decuit, ergo fecit*», proclamaba.

Pasó un siglo y otro siglo.
La carroza, gobernada
por Escoto y sus «hermanos franciscanos»,
se detuvo ante el palacio de los Papas.

Los resuellos de los monstruos se apagaron
y la Virgen, sonriente, dio las gracias.

Era un ocho de diciembre.

Un Anciano Venerable, con voz clara,
en la iglesia de San Pedro, en Vaticano,
dijo al mundo estas palabras:
«La doctrina que sostiene
ser la Virgen preservada,
por singular privilegio,
de toda clase de mancha
aún original, se encuentra
en la Escritura Sagrada.
Nos así lo definimos
como verdad revelada.»

Conmoviéronse los cielos de alegría,
resonaron en la tierra mil plegarias
y los mares con sus olas repitieron:
«Siempre Pura e Inmaculada».

· En las noches de diciembre,
asomado de mi celda a la ventana,
oigo el fuerte griterío
de graníticas montañas
que con voz de piedra dicen:
«Siempre Pura e Inmaculada».

8-XII-1928

LA FUENTE DE LA DOLOROSA

AL caer la tarde aquel triste día
—tragedia divina del monte Calvario—
bajaba, llorosa, la Virgen María
teniendo en sus manos el Santo Sudario.

Tenía en el pecho clavada una espada,
espada de hierro que entró al corazón,
y porque es de hierro sigue en él clavada
y sólo se arranca con la contricción.

Caía la tarde de aquel Viernes Santo,
primero del mundo, ¡y qué triste fue!,
la Virgen estaba sumida en su llanto,
y por qué lloraba, ¡yo bien me lo sé!

Del monte Calvario, al pie de la Cruz,
una fuentecilla comenzó a correr,
porque allí la Virgen, Madre de Jesús,
fue a llorar de pena, en vez de beber.

Labios de la Virgen que el agua probaron
—labios que eran rosas marchitas de amor—
de la fuentecilla las aguas cambiaron
pues dicen que tienen extraño sabor.

Cuentan que las aves, al cruzar sobre ella,
detienen el vuelo para descansar
y que cada gota se cambia en estrella
que las va guiando en su caminar.

Clara fuentecilla de «La Dolorosa»
que un día naciste, al verla llorar,
haz que en tu corriente cristalina, hermosa,
mis ingratitudes yo pueda lavar.

1938

A LA VIRGEN DE MI TIERRA

VIRGENCITA de mi tierra,
de mi tierra castellana,
no deseches mis suspiros,
no desoigas mis palabras,
que, aunque sé que no merezco
de tus ojos la mirada,
confundido y confiado,
vedme postrado a tus plantas.

¡Cuántas veces siendo niño
recité aquí mis plegarias!
¡Cuántas veces, compungido,
derramé copiosas lágrimas!
¡Cuántas veces! ¡Ay!, te dije:
—«Que te amaba, que te amaba!»
y tu, Madre, contestaste:
—«Gracias, hijo mío, gracias».
¿Qué pasó en aquel momento?
¿Fue el candor de tu mirada?
¿Fue el encanto de tus labios?
¿Fue el torrente de tus gracias?
No lo sé, pero al salir
de tu ermita solitaria,
con el corazón te dije,
lo que mis labios callaban.

Como ves, ya no soy niño,
ya las flores de mi infancia
se secaron para siempre,
hoy deposito a tus plantas
los frutos de aquellas flores
que son de amor y esperanza.
Guárdalos como algo tuyo;
¡que amor con amor se paga!

1929

MI VIRGEN DE LA PIEDAD

MI Virgen de la Piedad,
junto a tu río Burejo,
veo, como en un espejo,
tu profunda soledad.
Esa extraña majestad
del Dios-Hombre en tu regazo
quisiera que fuera el lazo
que uniera mi devoción
con tu tierno corazón
en el más sincero abrazo.

De niño te conocí,
y alegre te veneré,
siempre, Madre, te recé
porque en Ti siempre creí;
más un día descubrí,
al pie de tu santo altar,
que debía renunciar,
si te quería seguir,
al regalo de vivir,
antes que dejar de amar.

Un convento franciscano
fue testigo de mi entrega.
No fue llanura, ni vega,

no fue tierra de secano,
fueron tu mano y mi mano,
mi Virgen de la Piedad,
las que, en santa soledad
mi compromiso sellaron
cuando los labios callaron
con eco de eternidad.

Al recordar aquel día,
mi Virgen de la Piedad,
la extraña serenidad
con que mi alma se rendía,
siento tan grande alegría,
tan desbordada ternura,
que sólo, desde la altura
que dan los años pasados,
sé que los sueños soñados
son la realidad más pura.

En el largo deambular
por la senda de la vida
tal vez sentí adormecida
el ansia de caminar.
(No es extraño que de andar
se canse el buen caminante).
Me paré... miré adelante...
y Alguien, llevando una Cruz,
iluminó con su luz
mi caminar vacilante.

Hoy, al final del camino,
como cansado romero,
dejar en tu altar yo quiero
mi bordón de peregrino.
Señora, ya me imagino
lo que me queréis pedir;

que no deje de seguir
la andadura comenzada:
porque al fin de la jornada
¡está el eterno vivir!

1988

PLEGARIA

¡O H, Reina de los cielos, Virgen María!
Tú que sabes la pena que me tortura,
Tú que sabes lo triste que es la amargura
cuando el alma no tiene quién la sonría.

Vuelve, Madre, los ojos al pobre herido
que en este valle oscuro, ciegos los ojos,
el pecho en ansiedades tiene sumido,
y, sufriendo, camina por entre abrojos...

Mira que voy cruzando solo el desierto,
que no poseo un guía que me encamine,
mira que voy buscando ansioso el puerto
y no tengo una estrella que me ilumine...

Mira que voy dejando, desfallecido,
hilos ensangrentados de cada herida,
mira que ya me siento casi rendido
de caminar tan sólo por esta vida.

No desoigas los ruegos, Virgen Sagrada,
de quien tu auxilio implora en este día,
no me abandones, Madre, sin norte y guía,
confórtame, benigna, con tu mirada.

No rechaces al hijo que por Ti llora,
no desoigas los ruegos del que en Ti espera,
que si tienes alguno que más te adora,
¡yo no tengo otra Madre que más me quiera!

1927

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	7
Horas místicas	9
La voz de la tentación	11
Ceguera del alma	13
¿Recuerdas aquel día...?	15
Palabras del Esposo	17
Respuesta del alma	19
En busca del Amado	21
¿A dónde te has huido?	23
Siguiendo tus pisadas	25
Muéstrame tu rostro	27
Contigo estoy	29
Llamamiento divino	31
Abreme, esposa mía	33
Ven a mi lado	35
¡Qué hermosa eres...!	37
Señor, ¡y qué callando...!	39
¡Cuántas veces llorando...!	41
Señor, dame tu agua	44
Ven, alma herida	46
Ven a mis brazos	48
Divino Cazador	49
Bodas místicas	51
Eucarística	53
El Sagrario	55

	<i>Págs.</i>
El ángel de la Eucaristía	56
Diálogo	57
Al Niño Jesús	59
Ante tu altar	61
Al Niño Jesús de Praga	63
Flores marchitas	65
Al Sagrado Corazón de Jesús	66
Intima	67
Tú eres la luz	69
Villancico	70
Villancico	71
Villancico	73
Mendigo de amor	76
Filosofía de las flores	78
Orgullo	79
A una flor	80
A una rosa	81
A un árbol	83
El ciprés	85
A una hoja	86
A un jilguero	88
A una golondrina	89
Cae la tarde	91
Ceniza	93
Jueves Santo	95
Al Cristo de El Pardo	97
Pasionaria	99
Pensamientos	101
Soledad	103
Meditación	105
Canción de otoño	106
Noviembre	107
Diciembre	109
Cae la nieve	111
Elegía	113

	<i>Págs.</i>
Resurgir	116
Tú eres «piedra»	118
Quédate con nosotros... ..	120
El Misionero y el mundo	122
El Misionero y la Eucaristía	128
Franciscana	130
El lobo de Gubbio	132
Nueva «florequilla»	135
Muerte de San Francisco	137
Despedida	139
Soy zapatero	143
A Fray Indalecio de Santibáñez	145
Gratitud, dolor, amor	146
«Memento»	148
Tres hitos de una vida	150
Al Dr. D. José Zapatero	154
Mis dos amores	157
La Divina Pastora	159
A la Divina Pastora	161
Virgen, me acuerdo de Ti	162
Inmaculada	164
La fuente de la Dolorosa	167
A la Virgen de mi tierra	169
Mi Virgen de la Piedad	171
Plegaria	174
Índice	176

